

Desgracia de los
que no tienen
pruebas que
sufirir, ó las
rechazan.

Vivir sin pruebas, es vivir para el infierno... En tal caso no estamos ya señalados con el sello de Dios, sino con el de la reprobación.

Sepan los que rechazan las pruebas que serán todos desgraciados en esta vida y en la otra....

Los que no han recibido las pruebas en el temor de Dios, dice la Escritura, y han manifestado su impaciencia y murmurado contra él, han sido entregados al ángel del exterminio. (*Judith. VIII. 24-25*).

El mundo entero es un gran crisol en el cual son arrojados los hombres. Allí el justo se parece al oro, y el impío á la paja. Con el mismo fuego el justo es purificado y santificado y el impío devorado, consumido y condenado. Y Dios, dice S. Agustín, es alabado en ambos: en uno por la recompensa, y en el otro por el castigo; en el uno por su misericordia, y en el otro por su justicia. (*Lib. de Civit.*)

PUREZA.

Así como en un espejo empañado, dice S. Basilio, la imagen de los objetos no puede ser recibida ni vista; el hombre no puede tampoco recibir ni ver las luces del Espíritu Santo si no es puro (1).

Necesidad de la
virtud de la
pureza.

Vivamos con decencia, dice el gran apóstol, no en la disipación ni en la embriaguez, ni en las disoluciones de la mesa y del lecho; revestios, por el contrario, del Señor Jesucristo, y no trateis de contentar los deseos de la carne (2).

Purificaos del fermento viejo, dice aquel apóstol á los corintios, para que seais una pasta nueva: *Expurgate vetus fermentum, ut sitis nova conspersio.* (I. v. 7).

De la misma manera que la luz del sol no puede ser vista más que por ojos puros, dice S. Agustín, Dios no puede ser visto sino por una alma pura: *Quemadmodum lumen hoc videri non potest, nisi oculis mundis; ita nec Deus videtur, nisi mundum sit illud, quod videri potest.* (*Lib. Civit.*)

Por esto Jesucristo no promete la vista de la gracia, de la gloria y del mismo Dios, más que á los corazones puros: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.* (*Math. v. 8*).

Nada manchado entrará en el Cielo, dice el Apocalipsis: *Non intrabit in eam aliquod coinquinatum.* (*XXI. 27*).

La pureza, dice S. Atanasio, es una perla preciosa y rarísima; y sin embargo es necesaria. (*Tract. de Virg.*)

Ante todo, dice Orígenes, el que quiere salvarse debe ser puro. (*In Cant.*) No hay más verdaderos cristianos que los que son castos, dice Clemente de Alejandría. (*Lib. I. Strom.*)

San Jerónimo quiere que la pureza dirija nuestras acciones y nuestras miradas. (*Epist.*)

Hemos de ser puros como los ángeles, dice S. Crisóstomo, puesto que estamos destinados á vivir con ellos. (*In Moral.*)

Segun S. Agustín, el corazón debe ser tan puro como los rayos del sol. (*Lib. de Civit.*)

El que guarda la castidad, es un ángel, dice S. Ambrosio; el que la pierde, es un demonio: *Qui castitatem servaverit, angelus est; qui perdidit, diabolus.* (*Lib. de Virgin.*)

Si vivís segun la carne, morireis, dice S. Pablo á los romanos: *Si secundum carnem vixeritis, moriemini.* (*VIII. 13*).

(1) Sicut in speculo impurgato rerum imagines recipi viderique nequeunt: sic homo illustrationem Spiritus Sancti recipere non potest, nisi carnis affectionem abiciat. (*Honol.*)

(2) Honestè ambelemus, non in comessationibus, et ebrietatibus, non in cubilibus et impudicitis; sed induimini Dominum Jesum Christum, et carnis curam ne feceritis in desideris. (*Rom. XII. 13-14*).

No os engañéis, dice aquel apóstol á los corintios; ni los fornicadores, ni los adúlteros, ni los alevinados ni sus cómplices, poseerán el reino de Dios: *Nolite errare; neque fornicarii, neque adulteri, neque molles, neque masculorum concubitores, regnum Dei possidebunt.* (I. VI. 9-10). Ni la carne ni la sangre pueden poseer el reino de Dios; y la corrupción no poseerá la incorruptibilidad; *Caro et sanguis regnum Dei possidere non possunt; neque corruptelam possidebit.* (I. Cor. XV. 50).

Arrojad á los impúdicos, dice el Apocalipsis: *Foris impudici.* (XX. 15).

Así pues, la pureza es de una necesidad absoluta...

La sal, dice el venerable Beda, aleja los gusanos: la sal del cristiano es la pureza. (*In Sentent.*)

El hombre, dice S. Leon, posee una paz profunda y una verdadera libertad, cuando somete la carne al espíritu y el espíritu á Dios: *Vera pax hominis, et vera libertas, quando et caro, animo iudice, regitur; et animus, Deo præsidente, gubernatur.* (Serm. de Nativ.)

La pureza, dice Tertuliano, es la flor de las costumbres, el honor del cuerpo, el adorno de ambos sexos y el fundamento de la santidad: *Pudicitia flos morum, honor corporum, decor sexuum, fundamentum sanctitatis.* (Lib. de Pudic.)

La pureza tiene el mérito y la gloria del martirio, dice S. Jerónimo. Aun cuando las persecuciones de los tiranos no existen, y no damos la sangre por Jesucristo, la paz tiene también su martirio, porque, aunque no ponemos el cuello bajo la espada del verdugo, con la espada de la pureza abatimos los deseos carnales; lo que vale el martirio, y es un verdadero martirio. (*Homil. III. in Evang.*)

Mortificar las obras de la carne con el espíritu, es un martirio, dice san Bernardo. El martirio de sangre por medio de la cuchilla parece más cruel; pero es ménos doloroso en duracion que el martirio de la castidad. La castidad, sobre todo en la juventud, tiene la gloria del martirio; véase el casto José: (*Serm. III. in Cant.*)

¡Dichosa la esterilidad voluntaria é inmaculada! dice la Saliduría; será recompensada cuando Dios visite las almas santas: *Felix est sterilis et incoquinata; habebit fructum in respectu animarum sanctarum.* (III. 13). Un don especial será concedido á su fidelidad, y una parte brillantísima en la casa del Señor: *Dabitur illi donum electum, et sors in templo Dei acceptissima.* (Sap. III. 14).

¡Qué cosa más hermosa, dice S. Bernardo, y qué cosa más excelente que la castidad que hace puro á un hombre concebido en la mancha, de un enemigo hace un siervo fiel, y del hombre hace un ángel! La castidad es la única que, en este lugar, en este tiempo de mortalidad, representa el dichoso estado de la inmortalidad y de la gloria. Los que son puros son el adorno de la Corte de Dios, edifican el palacio del Dios rey y forman la nobleza de la Iglesia (1).

(1) Quid castitate magis decorum, quam mundum de immundo conceptum semine, de hoste domesticum, angelum denique de homine facit? Sola est castitas que in hoc mortalitate loco et tempore, statum quemdam immortalitatis et glorie representat. Pudici curiam Dei ornant, palatium Dei regis aedificant, et nobilitatem Ecclesiam constituent. (*Epist. xlii.*)

La pureza, dice S. Cipriano, no busca ningun adorno extraño; ella es el más bello adorno de sí misma. Esta virtud nos hace agradables á Dios, nos une á Jesucristo; combate todos los movimientos ilícitos de los deseos corrompidos de la carne; da paz á nuestros cuerpos; y dichosa ella, hace felices á los que la poseen (1).

La pureza, dice S. Cipriano, es la gloria de nuestro cuerpo, el adorno de las costumbres, la santidad de la mujer, el lazo de la modestia, el manáñal de la castidad, la paz de la casa y la base de la concordia. La pureza no se ocupa más que en agradarse á sí misma. La pureza es siempre reservada, y es madre de la inocencia. La pureza es siempre brillante en su porte, y está satisfecha de su hermosura, si desagrada á los hombres impuros. Nadie puede acusarla, ni siquiera los que no la tienen; es venerable hasta para sus enemigos, que la admiran tanto más, cuanto no pueden combatirla y triunfar de ella (2).

¡O pureza, dice S. Efrén, madre del placer y verdadera distincion de la vida angélica! ¡O castidad, prenda del corazon sin mancha, suave para los labios y de un aspecto admirable! ¡O castidad, haces que los hombres se parezcan á los ángeles! ¡O castidad, don de Dios! ¡O castidad, puerto tranquilo, colocado en la más alta region de la paz y de la seguridad! (3).

La pureza es el muro invencible de la santidad, aparta toda deshonra y toda infamia; es la base de la fuerza y el aniquilamiento de la hirviente lujuria; es el sosten de la probidad y la muerte de lo impropio; es la victoria del alma y el freno del cuerpo; es la abundancia de las glorias y la esterilidad de los crímenes, es la guía de la virtud y el azote de los vicios; produce la sinceridad, y destierra los escándalos, es un precioso ejercicio, que rechaza toda impureza; es la paz segura de las virtudes y la guerra terrible contra los vicios; es la libertad del bien y la cárcel del mal; es el puerto de la honradez y el naufragio de todas las ignominias; es la madre de la virginidad y el enemigo de todo lo que es inundo; es la coraza del pudor, la ruina de la vergüenza, la muerte de la corrupción y la moral de la fuerza; aleja toda falsedad; es la espada de la disciplina; triunfa de la disolucion y la mata; es la armadura de los fuertes; desarma lo que es despreciable y transitorio; es la dignidad de las costumbres y el camino de la luz, el abismo donde toda degradacion desaparece; es el refrigerio del corazon, y el fuego donde se pierde todo ardor irregular; proporciona todos los triunfos, abate todos los excesos, es el reposo de la salvacion, el

(1) Pudicitia nihil ornamentorum querit, decus suum ipsa est. Hæc nos commendat: homino connecti Christo: hæc expugnat omnia de membris illiis desideriorum pravæ: pacem corporibus nostris inducit: beata ipsa, et beatos efficiens. (*Lib. I. de Bono pudic.*)

(2) Pudicitia est honor corporum ornamentum morum sanctitas sexuum, vinculum pudoris, fons castitatis, pax domus, concordie caput. Pudicitia sollicita non est cui placeat, nisi sibi. Pudicitia semper verecunda, innocencie mater. Pudicitia semper ornatur solo pudore, bene sibi tunc conscientia de pudicitia dicitur, si improbis displicet. Numquam accusare possunt, nec qui eam non habent: venerabilis etiam hostibus suis, dum illam multo magis mirantur, qui eam expugnare non possunt. (*Lib. I. de Bono pudic.*)

(3) O castitas mater dilectionis, et angelicæ vitæ ratio! O castitas, que mundo es corde, ac dulci guttate, hilarique aspectu! O castitas, que homines angelis similes reddis! O castitas, domum Dei! O castitas, portus tranquillus in summa pace ac securitate constitutus. (*Serm. de Castit.*)

abrigo contra la perdición; es la vida del espíritu y la muerte de la carne; hace que el alma sea angélica; modera todas las inclinaciones, las doma, las pisotea y reina como triunfador. (*Auctor libri de Singul. clericorum apud S. Cyprianum*.)

El fruto de la pureza está lleno de dulzura, dice S. Cirilo; su hermosura es incomparable, sus perfumes suavísimos, y su valor sin precio. Es la perla más preciosa de la naturaleza y de la virtud; es la suprema templanza y la victoria perfecta; en ella está toda la gloria. Es una rosa que esparce el más agradable de los olores. ¡O angélica virtud de la pureza, eres reina del hombre! ¡O admirable záfiro! ¡O diamante reluciente y siempre hermosos! (*Homil.*)

¡Qué grande es la castidad! exclama S. Atanasio, y qué rica es su gloria! ¡O castidad, tesoro incomprendible! ¡O continencia, amiga de Dios y alabada por los ángeles! ¡O pureza, que se escapa de la muerte del infierno y se fija en la inmortalidad! ¡O continencia, alegría de los profetas, gloria de los apóstoles, vida de los ángeles y corona de los Santos. (*Tract. de Virgin.*)

Preguntaban á Agésilao rey de los lacedemonios, qué bien habían proporcionado las leyes de Licurgo á los espartanos. Y él respondió: El desprecio de los deleites: *Contemptum voluptatum*. (Anton. in Meliss.)

¡O castidad, exclama S. Efrén, freno de la vista, destruyes las tinieblas y haces que el hombre sea todo luz! ¡O castidad, crucificas la carne, la haces esclava, y te lanzas repentinamente al Cielo! ¡O castidad, llenas de dicha el corazón que te posee, y eres las alas del alma que se eleva al Cielo! ¡O castidad, engendras la alegría espiritual y destruyes los pesares! ¡O castidad, moderas las pasiones, les quitas su fuerza, y desligas el alma de sus crueles agitaciones! ¡O castidad, iluminas á los justos, y atas á Satanás en sus abismos tenebrosos! ¡O castidad, ahuyentas la pereza y das paciencia! ¡O castidad, carro espiritual, llevas al hombre á la mansion del Cielo! ¡O castidad, reina de las flores por el brillo, la hermosura y los suaves olores! ¡O castidad, precursora del Espíritu Santo, con él habitas. (*Serm. de Castit.*)

Señor, dice S. Agustín, ordenais la práctica de la pureza: dadme la fuerza de cumplirla, y mandad entónces todo lo que querais: *Deus meus, continentiam jubes: da quod jubes, et iube quod vis*. (Lib. Confess.)

Todos los tesoros no son bastante premio para una alma casta, dice el Eclesiástico: *Omnis ponderatio non est digna continentis anime*. (XXVI. 20.)

El hombre puro, dice S. Bernardo, se diferencia del ángel, no en felicidad, sino en valor: *Differt homo pudicus et angelus, non felicitate, sed virtute*. (Epist. LII. ad Henricum Senon. archiepisc.)

Con el mérito de esta virtud, los hombres son iguales á los ángeles, dice Casiano: *Hujus virtutis merito, homines angelis æquantur*. (Lib. Instit.)

El hombre puro es un ángel, dice S. Ambrosio. (*Lib. de Virgin.*) Esta virtud hace del hombre un ángel, dice S. Efrén: *Efficat angelum de homine*. (In vita S. Abrahæ.)

Esta virtud es la adquisición de los triunfos, según S. Cipriano: *Acquisitio triumphorum*. (Lib. de Bono pudicit.) Es la vida del Espíritu, según S. Efrén: *Vita spiritus*. (Serm. de Castit.)

La pureza es la reina de las virtudes, dice S. Pedro Damian. (*In Epist.*) La castidad, purificando las almas, les hace ver á Dios, dice S. Agustín: *Castitas, mundans mentes hominum, præstat videre Deum*. (Lib. Confess.)

La castidad, dice S. Basilio, hace que el hombre sea semejante á Dios: *Pudicitia hominem Deo simillimum facit*. (In Epist.)

Sea el hombre humilde, sea devoto; y si no es puro, no será nada, dice Sto. Tomás de Villanueva. (*Epist.*)

Una larga castidad tiene el mérito de la virginidad, según S. Bernardo: *Longa castitas pro virginitate reputatur*. (Serm. in Cant.)

¡O pureza, exclama S. Atanasio, morada del Espíritu Santo, vida de los ángeles y adorno de los elegidos! (*Tract. de Virgin.*)

Según S. Jerónimo, la pureza es el adorno de la Iglesia de Dios, la más rica y la más noble corona de los sacerdotes: *Ornamentum Ecclesie Dei, corona illustrior sacerdotum*. (Epist.)

Ante la excelencia, las riquezas, y maravillas de la pureza ¿quién de nosotros no ha de sentirse inclinado y decidido á practicarla á todo precio?...

No hay condenacion para los que están en el Cristo Jesús, y no marchan según la carne, dice el gran apóstol á los romanos: *Nihil damnationis est tuis qui sunt in Christo Jesu, qui non secundum carnem ambulant*. (VIII. 1.)

Si vivís según la carne, añade, morireis; pero, si mortificais con el espíritu los actos de la carne, vivireis: *Si secundum carnem vixeritis, moriemini; si autem facta carnis mortificaveritis, vivetis*. (Rom. VIII. 13.)

El hombre recogerá lo que siembre, escribe á los gálatas. El que siembre en la carne, recogerá la corrupcion; y el que siembre en el espíritu, en la pureza del espíritu recogerá la vida eterna (1).

Al ver santa Clara que la ciudad y su monasterio estaban rodeados de soldados corrompidos y furiosos, se acercó á las murallas de la ciudad exclamando: No entreguéis á las fieras, Señor, las almas que en vos ponen su confianza: *Ne tradas bestiis animas confidentis tibi*. Y de repente desaparecieron los soldados, y el monasterio y la ciudad se salvaron. (*In ejus vita*.)

Por la proteccion visible de Dios, ninguna virgen ha sido ni ha podido ser vencida, ni siquiera por los más impuros tiranos, ni con sus promesas, ni con sus amenazas, ni con las sollicitaciones, ni con la violencia, ni con los tormentos. Jamás pudieron seducirlas.

El que se conserva puro, dice S. Pablo á Timoteo, será un vaso de honor santificado y útil al Señor, y preparado para toda obra buena: *Si quis se emundaverit, sit vas in honorem sanctificatum, et utile Domino, ad omne bonum opus paratum*. (II. 21.)

Dichosos los corazones puros, porque verán á Dios, dijo Jesucristo: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt*. (Math. v. 8.) Lo verán en la tierra con su gracia, en el Cielo con la vista beatífica y la posesion y el goce de la gloria eterna...

Quedar victorioso del deleite es el deleite mayor y más dulce, dice S. Cipriano; es el placer más perfecto: *Voluptatem vicisse, voluptas est maxima*; porque, añade, nada alegre ni colima el alma de tanta dicha como una conciencia pura: *Nihil animum fidelem sic delectat, quam integra immaculati pudoris conscientia*. (Lib. de Disciplina et Bono pudicitie.)

(1) Que seminaverit homo, hæc et metet: quoniam qui seminat in carne sua, de carne et metet corruptionem: qui autem seminat in spiritu, de spiritu metet vitam æternam. (VI. 8.)

Pueden aplicarse á la pureza aquellas palabras de la Sabiduría: Todo el oro al lado suyo es un poco de arena, y la plata delante de ella es como barro: *Omne aurum in comparatione illius, arena est exigua, et tanquam lutum estimabitur argentum in conspectu illius.* (VII. 9).

Siguiendo el ejemplo del Sabio, debemos amarla más que á la salud, y á la hermosura, y preferirla á la luz, porque su luz no se apagará jamás. (VII. 10).

Todos los bienes proceden de esta virtud sublime, que nos comunica tesoros espirituales: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa, et innumerabilia honestas per manus illius.* (Sap. VII. 29). Ella es tambien un tesoro infinito para los hombres; porque cualquiera que á ella acude, se hace amigo de Dios. *Infinitus thesaurus est hominibus: quo, qui usi sunt, participes facti sunt amici Dei.* (Sap. VII. 14). Es más bella que el sol, y superior á todas las estrellas; comparada á la luz, le aventaja: *Est enim haec speciosior sole, et super omnem dispositionem stellarum; luci comparata, invenitur prior.* (Sap. VII. 29).

La pureza glorifica lo noble de su origen, ella que habita en Dios. Si las riquezas son deseadas en esta vida, ¿qué cosa más rica que la pureza? Debemos, pues, proponernos abrazarla, sabiendo que nos hará participar de sus bienes, y será el consuelo de nuestros pensamientos y de nuestro fastidio. Por ella estaremos en la luz ante la multitud; por ella obtendremos la inmortalidad, y dejaremos eterna memoria á los que vengan detrás de nosotros. Cuando entremos en nuestra casa, descansaremos con ella; porque su trato no tiene amargura y el malestar no le acompaña; antes bien lleva consigo el regocijo y la alegría. Y conociendo que no podemos poseer esta virtud celestial si Dios no la da, y que es gran sabiduría conocer la grandeza de este don y quien lo da, debemos ir al Señor y suplicarle que nos la conceda. (Sap. VIII. passim.)

¿Qué fruta es tan exquisita, dice S. Ambrosio, como la pureza del corazón? ¿Qué alimento hay más dulce? *Quis puritate pectoris dulcior fructus? quis cibi suavior?* (Lib. de Virgin.)

Siendo la pureza dichosa, hace tambien dichoso el corazón... Proporciona paz, alegría, honra, reputación, salud, hermosura, larga vida, gracia, muerte tranquila y santa, y nos da á Dios durante la vida, en la muerte y en la eternidad... Una alma pura es semejante á la Iglesia de Jesucristo. La Iglesia, esposa de Jesucristo, es inmaculada en la concepcion de sus hijos; fecunda, da á luz muchos hijos: es virgen por su castidad, y madre por su fecundidad.

La pureza nos convierte en templos, tabernáculos y vasos sagrados de la Divinidad. Por ella somos hijos de Dios, miembros de Jesucristo, herederos y coherederos suyos...

En verdad, en verdad os lo digo, el que en mí crea, hará las obras que hago, Poder heróico y milagroso y las hará todavía mayores, dijo Jesucristo: *Amen, amen dico vobis, qui credit in me, opera, quae ego facio, et ipse faciet, et majora horum faciet.* (Joan. XIV. 12).

¿Qué maravillas son esas tan grandes, mayores que las que hizo Jesucristo, que obrará el que en él crea?

Orígenes sostiene que estas grandes obras tan sorprendentes, consisten, vista la fragilidad de la naturaleza humana, en vencer la carne, el demonio y el mundo, y en conservarse puros en medio de la corrupcion de la carne y del mundo; porque lo que Jesucristo consigue en nosotros con la pureza, es algo mayor que lo que consigue en sí mismo. (*In Cant.*) Pasar la juventud en la modestia, la castidad, la pureza y la continencia, como José, es más sorprendente y difícil que la creación del mundo.

Los ángeles no tienen mérito en ser puros; lo son por naturaleza y por la bondad de Dios; pero una joven casta y pura lo es por mérito, en el seno de las pruebas más multiplicadas y peligrosas. El soldado que llega á ser capitán por ser noble, tiene menos mérito que el que llega á serlo por su bravura, su valor, su táctica y su heroísmo en medio de los más sangrientos combates.

Una vida casta y pura es la obra más grande de Dios y del hombre. El alma pura puede decir con María: Grandes cosas ha hecho en mí el que es Omnipotente: *Fecit mihi magna, qui potens est.* (Luc. I. 49). Y en esto ha señalado Dios la fuerza de su brazo. *Fecit potentiam in brachio suo.* (Id. I. 51).

Si os haceis superiores al orgullo de vuestro cuerpo, dice Orígenes, sacrificad á Dios un toro; si reprimis los movimientos de la carne, sacrificad un carnero; si inmolais la lujuria, sacrificad un macho cabrío; si calmáis los pensamientos, los deseos carnales y criminales, y les impedís que cobren bríos, sacrificad á Dios una paloma y una tórtola. (*In Levit.*)

La mortificación de la carne es el afianzamiento de la virtud, dice S. Cirilo: *Rigor carnis est valetudo virtutis.* (Catech., lib. III).

Sobre la tumba de Scipion se lee este verso, justamente admirable; Vencer el deleite es la mayor de las victorias:

Mazima cunctarum victoria, victa voluptas.

San Agustín se convirtió por el ejemplo de fuerza y de valor que manifestaban las personas con quienes se presentaba. Llegó á decirse para sí: ¿Qué! ¿No has de poder tú lo que pueden éstos y aquéllas? *Non poteris quod isti et istae?* Aquéllas y éstos que practican la castidad ¿pueden acaso practicarla por sí mismos? ¿no cuentan con el auxilio de Dios? *An vera isti et istae in semetipsis possunt, an non in Domino Deo suo?* Entónces la castidad le dijo: Arrójate, Agustín, en los brazos de Dios; no temas, no se retirará para dejarte caer: *Projice te in eum; noli metuere; non se subtrahet ut cadas.* (Lib. de VIII. Confess., c. XI).

La corona del generoso atleta es debida al vencedor del deleite. El hombre puro, en efecto, es el domador del más terrible de los enemigos...

El magnífico retrato que hace la Sagrada Escritura de Judas Macabeo, conviene perfectamente al hombre puro. Judas vistió la coraza como un gigante, y se cubrió con sus armas en los combates, y protegía todo el campamento con su espada. Se volvió semejante á un león, que ruga al aspecto de su presa. Y persiguió á los impíos, buscándolos por todas partes. Y el fervor de su nombre ahuyentó á todos sus enemigos, y todos los obreros de iniquidad se turbaron, y la salvacion del pueblo fué obra de su brazo. Y llenaba de regocijo á Jacob con sus obras, y su memoria será bendita para siempre. (*I. III.*)

Ved el admirable valor del casto José. Cogieron su capa, dice S. Ambrosio; pero no pudieron coger ni su espíritu ni su corazón; dejó la capa y sacudió el crimen: *Teneri veste potuit, animo capi non potuit; vestem exiit, crimen excessit.* (De Joseph.) Fué victorioso, despreció las incentivas miradas de la impúdica esposa de Putifar; despreció las cadenas, las cárceles y las amenazas de muerte; prefirió exponerse á morir exento del vicio impuro que elevarse al poder por medio de una acción criminal. Esforcémonos, dice S. Gregorio, en vencer los atractivos de la carne. Traigamos á nuestra memoria el ejemplo de José, que, tentado por la mujer de su amo, conservó su castidad con peligro de su vida. Y luego sucedió que el que había sabido gobernarse admirablemente, llegó á ser gobernador de todo el Egipto (1).

Hablando de José, S. Agustín dice estas notables palabras: José lleno de amor hacía su Dios, soberanamente amable, no es vencido por el amor de una mujer; ni la juventud de aquella mujer, que le insta, ni su autoridad le conmueven. José es grande: vendido, no sabe ser esclavo; amado, detesta el amor que le profesan; rogado y suplicado, se niega; cogido, huye (2).

La pureza es la plaza fuerte é invencible de la santidad de la vida, y la mayor resistencia contra la mayor de las tentaciones, que es la del vicio impuro...

Ved la heroica fuerza de la casta Susana: resiste, prefiere la muerte ántes que doblegarse á los criminales deseos de los impúdicos ancianos. Por esto salvó Dios su vida con un milagro, para recompensarla de haber ella salvado su virtud y su honor.

En el año 870, habiéndose los daneses apoderado de Inglaterra, se acercaron á un monasterio de religiosas fervientes. La virtuosa Edda, superiora, se mutiló la nariz y el labio superior para salvar su castidad y las de sus queridas hermanas, y las instó á que la imitasen; y lo hicieron. Viéndose los daneses burlados, quemaron el monasterio, y las religiosas murieron mártires de la castidad. ¡Qué valor tan sublime! (Ribad.)

Habiendo caído gravemente enfermo S. Casimiro, rey de Polonia, prefirió morir ántes que violar el voto de virginidad que había hecho. A las reiteradas súplicas de los médicos, no respondió más que las siguientes palabras: *Eligo virgo mori*; Prefiero morir virgen. (Surius in ejus vita.)

Ved, dice S. Jerónimo, el valor de Judith para guardar su castidad; pero ved también como sus elogios atraviesan los siglos. Ejemplo admirable que á todos se nos da.

El que es el remunerador de la castidad, le dió tal fuerza, que venció á Hololernes, invencible á los ojos de todos, y triunfó del hombre insuperable: *Castitatis remunerator, virtutem ei talem tribuit, ut invictum omnibus hominibus vinceret, et insuperabilem superaret.* (De Judith).

(1) *Conamur carnis illocebram vincere. Joseph ad memoriam redeat: qui, tentante se dominia, stulti carnis continentiam; etiam cum vito periculo, custodire. Unde factum est, ut, qui membra sua bene noverat regere, regendo quoque omni Egipto preeset.* (Homil. XV. In Ezech.)

(2) *Amator Dei dilectissimam, amore mulieris non vincitur; castum animum incitans, adolescentia non permovet, nec diligentiis autoritas. Magnus plane vir, qui venditum servitio tunc nescivit, adamatus non redamavit, rogatus non acquievit, apprehensus aufugit.* (De Joseph.)

El hombre casto no se diferencia del ángel por la felicidad, sino por la fuerza y el valor, dice S. Bernardo. La castidad del ángel es más tranquila, y la del hombre más heroica. (Epist. LII. ad Henricum Senon. Archiep.)

Por la terrible lucha que sostiene la pureza, y por su victoria, S. Basilio asegura que las almas puras son ángeles, no de un órden inferior, sino del órden más ilustre y elevado. (Tract. de Virgin., c. LXXIX.)

¿No sabeis que sois el templo de Dios, y que el espíritu de Dios habita en vosotros? dice el Apóstol de las gentes: *Nescitis quia templum Dei estis, et spiritus Dei habitat in vobis?* (I. Cor. III. 16). Somos el templo, no del hombre, sino de Dios: somos, pues, un templo santo, y no profano, templo en el que Dios habita por la fe, la gracia, la caridad y todos sus dones... Escuchad lo que añade S. Pablo: Si alguno profana el templo de Dios, Dios lo perderá; porque el templo de Dios es santo, y vosotros sois este templo: *Si quis autem templum Dei violaverit, disperdet illum Deus. Templum enim Dei sanctum est, quod estis vos.* (I. Cor. III. 17). ¿No sabeis, continúa el apóstol, que vuestros miembros son miembros de Cristo? Así pues, arrancado á Cristo sus miembros, ¿de convertirlos en miembros de una prostituta? No suceda jamás cosa igual: *Nescitis quoniam corpora vestra membra sunt Christi? Tollens ergo membra Christi, faciam membra meretricis? Absit.* (I. Cor. VI. 15). ¿No sabeis que vuestros cuerpos son miembros de Jesucristo... 4.º Son los templos del Espíritu Santo... 5.º La impureza deshona y mancha el cuerpo... 6.º Nuestro cuerpo ha costado la sangre de Jesucristo...

Se os ha comprado; ya no os pertenecéis: 1.º Nuestro cuerpo no nos pertenece; es el cuerpo de Jesucristo... 2.º Si es casto y puro, resucitará para la gloria... 3.º Nuestros cuerpos son miembros de Jesucristo... 4.º Son los templos del Espíritu Santo... 5.º La impureza deshona y mancha el cuerpo... 6.º Nuestro cuerpo ha costado la sangre de Jesucristo... Si alguno os solicita para el mal, decidle: Mi cuerpo no me pertenece, es de Jesucristo; no es este mi cuerpo, sino el cuerpo de Jesucristo; el cuerpo de un Dios, y yo soy un Dios; así pues, Dios está sin mancha, no se mancha, ni puede hacerlo...

Hay cinco cosas, dice S. Bernardo, que se practican en la dedicatoria de un templo: la aspersion, la inscripción, la unión, la iluminación y la bendición. (Serm. I. de Dedicat.) Nuestros cuerpos, nuestros corazones y nuestras almas están también consagrados á Dios por todos estos misterios.

Somos los templos del Dios viva, dice San Pablo; *Vos estis templum Dei vivi.* (II. Cor. VI. 16). Un templo debe ser respetado... Y ¿qué es un templo comparado con el templo de nuestros cuerpos? 1.º Nuestras iglesias no están construidas por mano de Dios; y si nuestros cuerpos... 2.º Nuestras iglesias no son el cuerpo de Jesucristo, no son sus miembros; y nuestros cuerpos lo son... 3.º Las iglesias no son el templo del Espíritu Santo, como nuestros cuerpos... 4.º Nuestros templos no están hechos á imagen de Dios...

(1) *An nescitis quoniam membra vestra templum sunt Spiritus Sancti, qui in vobis est, quem habetis a Deo, et non estis vestri? Empli enim satis pretio magno. Glorificat et portat Deum in corpore vestro.* (I. Cor. VI. 19-20).

Motivos que nos obligan á ser puros.

5.º Nuestras iglesias no son templos vivos, y nosotros lo somos... 6.º Nuestras iglesias no tienen la inteligencia y el amor, que es un privilegio nuestro... 7.º nuestras iglesias no han costado la sangre de Jesucristo, como nosotros... 8.º Nuestras iglesias son templos materiales; y nosotros templos espirituales... 9.º Nuestras iglesias perecerán; y nosotros somos templos inmortales... 10. Nuestras templos materiales no se han hecho para ir al Cielo; se han hecho para enseñarnos el camino; son como los mojones plantados para indicarnos la vía, al paso que nosotros estamos destinados al Cielo... 11. Somos vasos sagrados... 12. Nuestros templos no son hijos de Dios, herederos y coherederos de Jesucristo... 13. Finalmente nuestros templos y nuestros vasos sagrados no se mantienen ni se alimentan, como nosotros, de la sustancia divina.

Sepa, pues, cada uno de nosotros, según dice S. Pablo, poseer su cuerpo en santificación y honor: *Sciat unusquisque vestrum vas suum possidere in sanctificatione et honore.* (1. Thess. IV. 4).

Esperamos, dice el apóstol S. Pedro, según las promesas de Dios, nuevos cielos y una tierra nueva, en la que habite la justicia; por cuya razón, amados míos, velad con esta esperanza, á fin de que se os encuentre la paz y sin mancha alguna ante el Señor (1).

Electivamente, nada manchado entrará en el Cielo, Dice el Apocalipsis: *Non intrabit in illam aliquod coinquinatum.* (XXI. 27).

¿Quién subirá á la montaña del Señor? dice el Real Profeta; ¿quién se detendrá en su santuario? El que tenga las manos inocentes y el corazón puro? *Quis ascendet in montem Domini? aut quis stabit in loco sancto ejus? Innocens manibus, et mundo corde.* (XXIII. 3-4).

¿En qué consiste la pureza? La pureza consiste en una voluntad inquebrantable... Por más que nos suceda, no hemos de querer lo que quieren los sentidos y la carne... Las rebeliones involuntarias no son un pecado... Muchas veces el alma no es dueña absoluta de su cuerpo corrompido; pero, negándose su consentimiento y su apoyo, domándole en cuanto puede, el pecado no existe; por el contrario, de allí nace la virtud y el mérito... Sentir no es mal...; el mal está en consentir...

El mismo S. Pablo, vaso de elección, arrebatado hasta el tercer Cielo, no estaba exento de las tentaciones de la carne. Veo, dice, en mis miembros otra ley que combate la ley de mi espíritu y me cautiva bajo la ley del pecado, que está en mis miembros: *Video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae, et captivatem me in legi peccati, quae est in membris meis.* (Rom. VII. 23). Desgraciado de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? *Inferis ego homo, quis me liberavit de corpore mortis hujus.* (Rom. VII. 24). Pero se consuela diciendo: Si hago lo que no quiero, no soy yo el que lo hace, sino el pecado que habita en mí: *Si quod nolo, illud facio, jam non ego operor illud, sed quod habitat in me peccatum.* (Ibid. VII. 20). El yo en mí no es mi cuerpo, sino la voluntad; así pues, no quiero esto, no consento, y por consiguiente no soy culpable. Estas miserias del cuerpo nos humillan,

(1) Novos caelos et novam terram secundum promissa ipsius exspectamus, in quibus justitia habitat. Propter quod, carissimi, haec expectantes, satagite immaculati et inveniati et inveniati in pace. (II. III. 13-14).

y la humildad nos abre el Cielo. Es lo que dice también el gran apóstol; y á fin, dice, de que la grandeza de las revelaciones no me eleve, se ha dado á mi carne un aguijón, el ángel de Satanás, que me aboletea: *Et ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meae angelus Satanae, qui me colaphizat.* (I. Cor. XII. 7).

El ángel de Satanás, de que habla S. Pablo, y que le aboleteaba, era la rebelión de la carne. El apóstol supplicaba al Señor que le librase de esas concupiscencias carnales, y el Señor le respondía: Mi gracia te basta, porque mi fuerza resplandece en la debilidad. Con alegría, pues, concluye el apóstol, me glorificaré aún más en mis debilidades, para que la fuerza del Cristo habite en mí (II. Cor. XII. 8-9).

La religión pura y sin mancha ante Dios consiste, dice el apóstol Santiago, en preservarnos de las manchas de este siglo: *Religio munda et immaculata haec est, immaculatum se custodire ab hoc seculo.* (I. 27).

Escuchad á Sto. Tomás de Inglaterra: El mundo, dice, no es puro, porque mancha los corazones puros. El que se añeja al mundo, permanece en él y le da su corazón: ¿cómo podría ser puro?

Mundus non mundus, quia mundus pollut; ergo

Qui manet in mundo, quomodo mundus erit?

(In ejus vita).

Os conjuro, hermanos míos, escribe el Apóstol á los romanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos en hostia viva, santa y agradable á Dios, tributándole así un culto conveniente. Y no os conforméis con lo de este siglo; trasformaos por un espíritu nuevo, para que reconozcáis lo que es la voluntad de Dios, lo que le place, y lo que es bueno y perfecto. (XII. 1-2).

Ofreced á Dios vuestros cuerpos; miradlos como extraños, y trasportadlos al dominio de Dios, para servirlos de ellos, no según vuestra voluntad, sino por el culto y el honor de Dios...

Hacer de nuestro cuerpo una hostia viva, es convertirle en una hostia dedicada á las virtudes, y no dedicada á los vicios, dice san Gregorio: pues en tal caso sería una hostia muerta: *Hostiam viventem, id est, virtutibus debitam; quia caro vitis delicti, mortua est.* (In his verbis Apost.)

Hacer de nuestro cuerpo una hostia santa, es separar nuestro cuerpo y nuestro corazón de las cosas inmundas; hacemos una hostia agradable á Dios con las buenas obras del alma y del cuerpo...

Notad que S. Pablo hace aquí alusión á las cualidades de las víctimas de la antigua ley. 1.º La víctima, según el sacerdocio de Aaron, debía estar sin mancha y ser entera y sana. Así pide que seamos una hostia viva: *Hostiam viventem.* 2.º Con la inmolación, aquella víctima quedaba santificada de tal manera, que no podían los impuros tocarla: así exige el Apóstol una hostia santa, *sanctam*, es decir, quiere que consagremos nuestro cuerpo á Dios con la devoción de nuestra alma. 3.º La víctima consumida por el fuego era ofrecida á Dios en olor de suavidad. San Pablo quiere una hostia agradable á Dios por la

Medios que hemos de emplear para ser puros.

consuncion de un ardiente amor. 4.º Se empleaba sal para la víctima; y la sal significa la sabiduría del espíritu. Por esto decía Jesucristo á sus apóstoles: Tened sal en vosotros: *Habete in vobis sal.* (Marc. IX. 49).

El altar de esta hostia, dice S. Gregorio, es el corazón en el cual el fuego de la compuncion y de la caridad quema y consume la carne. (*In his verbis Apost.*)

Hemos de aborrecer la manchada túnica de la carne, dice el apóstol S. Judas: *Odiantes eam, quæ carnalis est, maculatam tunicam* (23).

El casto José se despoja de su manto, dice S. Antonio: pero no se escapa desnudo, porque estaba revestido de pudor: *Vestem exiit, sed non nudus aufragit, qui erat teclior indumento pudoris.* (De Joseph.).

Demetrio mandaba á sus discípulos, 1.º que respetasen en su casa á sus padres; 2.º que respetasen á los que encontraban en el camino; y 3.º que cuando estuviesen solos se respetasen á sí mismos. (*Anton. in Meliss.*)

Amados míos, dice el apóstol S. Pedro, os conjuro que, como extraños y viajeros, os abstengáis de los deseos carnales que combaten contra el espíritu, teniendo una vida pura entre los gentiles; en vez de que os difamen como malhechores, al ver vuestras obras, glorifiquen á Dios en el día de su visita. (I. II. 11-12).

Mirad á las mujeres de edad como si fuesen madres vuestras, y á las jóvenes como hermanas en toda pureza, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo: *Anus, ut matres; juvenculas, ut sorores, in omni castitate.* (I. v. 3).

La pureza será conservada hasta en el siglo, dice Tertuliano, si la disciplina está en vigor y si se ejerce vigilancia: *Pudicitia aliquatenus in seculo morabitur, si disciplina persuaserit, si censura compresserit.* (Lib. de Pudicit.).

Es menester combatir. En semejante combate, dice Tertuliano, la victoria es la salvacion: *In tali pugna sanitas erit tota victoria.* (Ut supra). Este grave autor prueba que es muy ventajoso para el mismo cuerpo que el alma resista á sus codicias; y de ahí hasta la carne resulta purificada de sus vicios. La carne, dice, no es enemiga nuestra; y cuando resistimos á sus inclinaciones, entonces la amamos, porque la curamos: *Caro non est inimica nostra; et quando ejus vitii resistitur, ipsa amatur, quia ipsa curatur.* La continencia vigila y trabaja para reprimir y curar todas las locuras de la concupiscencia, que están opuestas á la verdadera sabiduría; á fin de que, no viviendo ya el hombre de la tierra y carnal, pueda decir con el gran apóstol: Vivo; pero no soy yo el que vivo, es Cristo el que vive en mí: *Vivo, jam non ego, vivit vero in me Christus.* (Gal. II. 20). Porque, continúa Tertuliano, cuando no soy yo el que vivo, es para mayor dicha mía: *Ubi enim non ego, ibi felicius ego.* Si vivo de mí, yo no soy yo; viviendo de Jesucristo, soy yo enteramente. (Lib. de Pudicit.).

Oíd al gran Apóstol: Combato contra mi cuerpo, no como dando golpes al aire; pero castigo mi cuerpo, y le reduzco á servidumbre; á fin de que, despues de haber pecado los demás, no sea yo también reprobado: *Sic pugno, non quasi aerem verberans; sed castigo corpus meum, et in servitutum redigo; ne forte cum aliis prædicaverim, ipse reprobus efficiar.* (I. Cor. IX. 26-27).

Nuestra carne, dice S. Bernardo, es el instrumento, ó más bien la red del

demonio: *Caro nostra est instrumentum, imo laqueus diaboli.* (Epist. XLII. ad Henricum).

Las asechanzas de la carne son más peligrosas y más de temer que todos los otros enemigos...

Es menester castigar el cuerpo, domarlo, y atarlo como una fiera, dice san Basilio: *Corpus castigandum, ac fere ejusdem instar cohibendum.* (In Psal.)

Es menester vigilancia. Porque, dice S. Pablo, este tesoro de la pureza lo tenemos en vasos de arcilla, á fin de que la gloria pertenezca al poder de Dios, y no á nosotros: *Habemus thesaurum istum in vas fictilibus, ut sublimas sit virtutis Dei, et non ex nobis.* (II. Cor. IV. 7).

Los que están en Cristo, escribe aquel apóstol á los Gálatas, han crucificado su carne con sus vicios y sus concupiscencias: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis.* (v. 24). Es preciso andar según el espíritu: *Spiritu ambulate.* (Gal. v. 16).

El Real Profeta no cessa de decir á Dios: Cread en mí un corazón puro, ó Dios mío: *Cor mundum crea in me, Deus.* (L. 12). O Dios, Dios salvador, libradme de las sgestiones de la carne y de la sangre: *Libera me de sanguinibus, Deus, Deus salutis meæ.* (L. 16). Retraeme del tango, y haz que no permanezca sumergido en él: *Eripe me de luto, ut non infingar.* (LXVIII. 15). La caridad es custodia de la castidad. La castidad, dice S. Bernardo, sin caridad, es una lámpara sin aceite; quita el aceite, y la lámpara no luce; quita la caridad, y la castidad no agrada ya á Dios: *Castitas sine caritate, lampas est sine oleo; subtrahere oleum, lampas non luceat; tolle caritatem, castitas non placet.* (Epist. XLII. ad Henricum.)

Sea modestos y contenidos, dice S. Efrén, en el porte, en el alimento, en las palabras, en la mirada, en los pensamientos y en la alegría: *Continentiam habete in habitu, cibo, lingua, aspectu, cogitatu, risu.* (Serm. de Castit.).

La observancia de la ley de Dios, dice la Sabiduría, es la consumacion de la incorruptibilidad, y la incorruptibilidad une al hombre con Dios: *Custoditio legum, consummatio incorruptionis est; incorruptio autem facit esse proximum Deo.* (VI. 12-20).

Cuando conocí, dice Salomon, que no podia poseer la continencia, si Dios no me la daba, y que hasta era sabiduría el saber de quién procedía aquel beneficio, me fui al Señor, y le supliqué desde el fondo de mi corazón (4).

Sereis puros: 1.º huyendo...; 2.º rechazando pronto los malos pensamientos...; 3.º orando...; 4.º no perdiendo de vista la presencia de Dios...; 5.º recomendándoos á María, Virgen inmaculada y reina de las vírgenes...; 6.º trabajando...

Sabeis, Señor, decía Sara, que he conservado mi alma pura de todo mal deseo. No me he mezclado nunca con los que aman las diversiones, y no he vivido con los que marchan sin prudencia. (Tob. III 16-17).

Retiraos, retiraos, dice Isaias, salud, no toqueis nada impuro; purificaos,

(4) Ut scivi quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det, et hoc ipsum erat sapientia, scire ejus esset hoc donum; adii Dominum, et deprecatus sum illum ex totis precordiis meis. (Sap. VIII. 21).

vosotros que llevais los vasos del Señor: *Recedite, recedite, pollutum nolite tangere; mundamini, qui fertis vasa Domini.* (LII. 11.)

La presencia de Dios. Susana, entre las manos de los dos impúdicos ancianos, se lamenta y les dice: No veo más que peligros por todas partes; porque, si cedo, merezco la muerte; y si no cedo, no escaparé de vuestras manos. Pero es preferible para mí caer en vuestras manos resistiendo, que pecar en presencia del Señor: *Melius est mihi absque opere incidere in manus vestras, quam peccare in conspectu Domini.* (Daniel. XIII. 22-23.)

No confiar en nuestras fuerzas. Muchas personas eminentes en virtud han caído en el abominable vicio, y han perdido la más hermosa de las virtudes por su seguridad, dice S. Jerónimo. Nadie tenga demasiada confianza. Si sois santos, no por esto sois impecables: *Plurimi sancti ceciderunt in hoc vitio propter suam securitatem. Nullus in hoc confidat. Si sanctus es non tamen securus es.* (Epist.)

Contra la impetuosidad de la pasión impura, emprended la fuga, dice san Agustín, si queréis conseguir la victoria: *Contra libidinis impetum, apprehende fugam, si vis obtinere victoriam.* (Serm. CCL. de Temp.)

El medio más fácil y seguro de vencer la lujuria es huir, dice también san Felipe Neri (*In ejus vita*).

El primer remedio contra tal vicio, dice S. Jerónimo, es apartarnos mucho de aquellos cuya presencia es una tentación: *Primum hujus vitii remedium, est longe fieri ab eis, quorum presentia allicit ad malum.* (Epist.)

¿Sois una pena, dice S. Crisóstomo, ó sois acaso de hierro? No sois más que hombres, sujetos á la debilidad de la naturaleza: *Num tu saxum es, num ferrum? homo es, communi naturæ imbecillitati obnoxius.* (Homil. ad pop.)

Teneis fuego; ¿y no os quemais? Poned una centella en la paja y atrevoos á decir que no arderá. Lo que es la paja respecto del fuego, es nuestra naturaleza respecto de la concupiscencia, añade aquel gran Doctor: *Ignem cupis, nec ureris? Lucernam in feno pone, ac tu, aude negare quod fenum uratur. Quod fenum est, hoc natura nostra est.* (Ut supra.)

Casiano asegura que no se puede ser casto si no se es humilde. (*Collat.*) La humildad merece el nombre de castidad, dice S. Bernardo: *Ut castitas detur, humilitas meretur.* (Serm. in Cant.)

El lugar que ocupa el custodio de la pureza, es la humildad, dice S. Agustín: *Locus custodis humilitas.* (Serm. CCL. de Temp.)

El que quiere ser casto sin humildad, dice S. Juan Climaco, se parece al que, nadando con una mano, quisiera pesar con la otra las aguas del Océano. (*Grad. V.*)

Se necesita el temor de Dios para ser puro y casto. El elavo que fija la continencia está hundido por el temor de Dios, dice S. Leon: *Continentia clavis, Dei timore transfigitur.* (Serm. de Quadrag.)

La pasión de Jesucristo es lo que mata el vicio contrario á la pureza. Cuando algún mal pensamiento me persigue, dice S. Agustín, recorro á las llagas de Jesucristo: *Cum me pulsat aliqua turpis cogitatio, recurro ad vulnere Christi.* (Serm. CCL. de Temp.)

Es preciso rechazar pronto al enemigo, y no dejarle adelantar. Mientras es pequeño el enemigo, matadle, dice S. Jerónimo: *Dum parvus est hostis, interfice.* (Epist.)

PURGATORIO.

Es de fe que hay Purgatorio; es la doctrina constante de la Iglesia en todos los tiempos y lugares... El santo concilio de Trento, sesión VI, de la justificación, canon XXX, decretó lo siguiente: Si alguno dice que por la gracia de la justificación la culpa y la pena eterna son de tal manera perdonadas al penitente, que no le queda más pena temporal que sufrir, ni en este mundo, ni en el otro, en el Purgatorio, antes de entrar en el reino de los Cielos, sea anatemático.

La Sagrada Escritura enseña que se ha de orar por los muertos. Y como, según la Escritura, no hay perdón para los que están en el infierno, y los ciegos en el Cielo no necesitan oraciones, se desprende necesariamente que hay un tercer lugar donde van las almas que no mueren en pecado mortal, pero que no han satisfecho del todo á la justicia divina...

El Purgatorio es un lugar de sufrimientos en el cual las almas de los justos, salidas de este mundo sin haber suficientemente satisfecho á la justicia divina por sus faltas, acaban de expiarlas antes de ser admitidas á gozar de la dicha eterna.

No es de fe que haya realmente fuego en el Purgatorio. Entre los doctores y teólogos, unos creen en la existencia del fuego, y otros opinan de una manera contraria; pero todos, lo mismo que la Iglesia, creen y enseñan que se padece en el Purgatorio.

El fuego del Purgatorio (ó los sufrimientos que allí se padecen), dice san Agustín, son más terribles que cualquier padecimiento que el hombre puede experimentar en esta vida: *Ignis ille gravior erit quam quidquid homo pati potest in hac vita.* (In Psal. XXXVII.)

Y S. Bernardo dice: Lo que hayamos descuidado en la tierra, lo pagaremos por centuplicado en el Purgatorio: *Quod hic negleximus, illic centupliiter reddemus.* (De Obitu Umb.)

Si para evitar los castigos obedecemos á un rey de la tierra, obedecemos á la voluntad de Dios para evitar los sufrimientos del Purgatorio, más terribles que todos los tormentos de esta vida, dice S. Anselmo: *Si propter tormenta vitanda hic regi paremus, pareamus voluntati Dei ut ignem illum acerbiorum omnium tormentis evadamus.* (De pena Purg.)

Además de haber en el Purgatorio la pena de sentido, hay también la pena de daño, que es la privación de la vista de Dios. Y esta pena es grandísima, 1.º porque aquellas almas tienen un conocimiento más profundo que nosotros de las infinitas perfecciones de Dios...; 2.º por el inmenso deseo que tienen de ir á Dios...; 3.º por su grande amor hácia Dios...; y 4.º porque no están, como nosotros, distraídas de Dios...

(Hay Purgatorio?)

(¿Qué es el Purgatorio?)

(Las penas del Purgatorio son grandísimas.)

¿Quiénes son los que están en el Purgatorio? Tal vez un padre, una madre, un hijo querido, un esposo, una esposa, un amigo, un vecino, etc...

Y tal vez nosotros somos la causa de que allí estén... Allí reclaman con sus lágrimas y gemidos los auxilios de nuestras oraciones y buenas obras...

¿Cómo hemos de auxiliarlas? Oid aquellas pobres almas que desde el fondo de su terrible cárcel, repitiendo las súplicas de Job, exclaman: Tened lástima de nosotros, vosotros por lo menos que sois nuestros amigos; porque sufrimos el peso de lo mano de Dios: *Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos, amici mei; quia manus Domini tetigit me.* (IX. 21). Y aquellas otras palabras del Salmista: ¡Ay, desgraciado de mí ¡cuánto se prolonga mi destierro! *Heu mihi quia incolatus meus prolongatus est!* (CXIX. 5).

Haced extensiva vuestra liberalidad hasta á los muertos, dice el Eclesiástico, *Mortuo non prohibeas gratiam.* (VII. 37).

Las almas pel Purgatorio pueden aliviarse, 1.º y principalmente, con el santo sacrificio de la Misa...; 2.º con la oracion...; 3.º con el ayuno...; 4.º con la limosna...; 5.º con toda clase de buenas obras...

Preciosos amigos podemos hacernos, aliviando á aquellas santas almas, abreviando el tiempo de sus padecimientos, y enviándolas al Cielo...

PUSILANIMIDAD.

TEMBLADO han donde no habia temor, dice el Salmista: *Illic trepidaverunt timore, ubi non erat timor.* (XIII. 5). Los pusilánimes, dice el abate Victor, se turban á la menor de las tentaciones: *Pusillanimes ex modica tentatione cito perturbantur.* (Agud Sophron, c. CLXIV).

La pusilaninidad viene de un espíritu débil y mezquino; los hombres pusilánimes son imprudentes, impacientes, prontos á irritarse por una bagatela, como las mujeres y los niños. Sin espíritu, sin consistencia y sin fuerza, nada pueden sufrir. Al momento hablan y obran segun sus impresiones.

Si en el día de la angustia perdeis el animo, dicen los Proverbios, vuestra fuerza se debilitará: *Si desperaveris lassus in die angustie, imminuetur fortitudo tua.* (XXIV. 10). Porque el que empieza á ceder, pierde sus fuerzas cediendo; lo que experimentamos tanto en las cosas temporales como en las espirituales. Donde hay disciplina hay rigor...

En la pusilaninidad hay desconfianza y desesperacion, ó perca y cansancio, y muchas veces todas estas cosas. Cuando una alma pierde la confianza de poder vencer ó de librarse de una aliccion, que cree superior, entonces renuncia á sus fuerzas y á la esperanza de resistir; se vuelve débil, enervada y lánguida. Y cuando la prueba dura mucho tiempo, aquella alma pusilánime desesperada completamente de poder sufrirla, pierde las fuerzas que le quedan, y sucumbe del todo...

Así como la energía del alma y su fuerza depende de la esperanza que tenemos de conseguir tal dificultad y vencerla; de la misma manera la pusilaninidad del alma, su abatimiento y su caída proceden de que perdemos la esperanza de poder sostener el combate y ganar la victoria...

La esperanza extiende, dilata y fortifica el alma, mostrándole la recompensa y el triunfo de la virtud; pero la pusilaninidad la empujeñee, la encadena, la debilita y la hace nula para las grandes obras.

No cedais á esta pusilaninidad; animados por los obstáculos, marchad con más heroismo, dice el Poeta:

Tu ne cede malis; sed contra audacior ito.

Así se desanima el pusilánime ante una tribulacion, y se desanima todavía más, y cae más bajo...

La victoria está en la magnanimidad, que da nacimiento á la esperanza del triunfo...

En general, todos los hombres sin religion y todos los que se entregan á las pasiones son pusilánimes...

La grandeza de alma, la energía, el zelo, el valor, la fuerza, el poder y el heroismo están en los hombres virtuosos... Ved á los apóstoles, á los márti-

res, á las vírgenes, etc... Ved, por otra parte, á los voluptuosos, á los afeminados y á los que apostatan...

El hombre pusilánime es nulo para el bien, nulo para el combate; no puede aguardar más que desprecio por parte del mundo, y terribles condenaciones por parte del soberano Juez. El lugar destinado á los pusilánimes es el de los incrédulos, de los fornicadores, de los homicidas y de los envenenadores, en el estanque del fuego y azufre encendido por la ira divina: *Timidis autem, et incredulis, et exsecratis, et homicidis, et fornicatoribus, et veneficis, et idololatriis, et omnibus mendacibus, pars illorum erit in stagno ardenti igne et sulphure.* (Apoc. XXI. 8).

REDENCION.

SEÑOR. exclama el profeta **Yahacuc**, salvad á vuestro pueblo; en medio de nuestros años, en medio de nuestros días, haced brillar vuestro poder; en el tiempo de vuestra ira, acordaos de vuestra misericordia. El Santo ha venido; su gloria ha cubierto los Cielos, y la tierra está llena de sus alabanzas. Habeis salido para la salvacion de vuestro pueblo. Me alegraré en el Señor, me estremeceré de alegría en el Dios de mi salvacion. Es mi fuerza, y me conducirá á las alturas, cantando himnos en gloria suya. (III. *passim*).

¡O hombre! exclama S. Bernardo, reconoce cuán graves son tus heridas, que hicieron preciso que el Señor Jesucristo las recibiese profundas y crueles. Si tus heridas no hubiesen sido mortales, y mortales para siempre, no habria muerto el Hijo de Dios para curarlas (1).

Gravedad del pecado que hizo necesaria la redencion.

El pecado mortal es irremediable por su naturaleza. Cuando cometemos un pecado mortal, damos de tal manera muerte á nuestra alma, que, por nuestra parte, hacemos eternos nuestro pecado, nuestra muerte y condenacion, porque apagamos radicalmente la vida en nosotros. El que renuncia una vez á Dios, renuncia á él eternamente, porque es propio de la naturaleza del pecado establecer, en lo posible, una separacion eterna; y no teniendo el hombre nada de su propio fondo para unirse á Dios, no puede por sí mismo volver á la vida. La redencion hace lo que el hombre no puede hacer...

El fin de la redencion es librar al hombre del infierno, de la muerte, del pecado y de la maldicion... Para rescatarnos, Jesucristo sufrió los oprobios, la pobreza, los dolores, la muerte y la cruz...

Habeis sido rescatados á gran precio; no os hagais esclavos de los hombres, dice el gran apóstol: *Pretio magno empti estis; nolite fieri servi hominum.* (I. Cor. VII. 23).

Para saber el precio del hombre rescatado por Jesucristo, ved, dice san Agustín, lo que ha dado Jesucristo. La sangre de Jesucristo es nuestro precio: ¿cuál será, pues, nuestro valor? *Quæritis quid emerit (Christus). Videte quid dederit. Sanguis Christi pretium est; tanti quid valet?* (Medii.)

La bondad de Jesucristo en la redencion resplandece visiblemente y de una manera inefable; porque, 1.º, Jesucristo en la cruz nos da pruebas de un amor infinito, para atraernos con este amor. Jesucristo no se ha visto obligado por ninguna necesidad; no ha sido atraído por ninguna esperanza de utilidad propia; sólo su amor de benevolencia y de complacencia le obligó á subir en la

Bondad infinita de Jesucristo en la redencion.

(1) Agnosce, o homo, quam gravia sunt vulnera, pro quibus necesse est Dominum Christum vulnerari, si non essent hæc ad mortem, et mortem sempiternam, nunquam pro eorum remedio Dei Filius moreretur. (Serm. II in Nat. Dom.)

cruz. Subió, y lo dispuso todo con tanta sabiduría, que con aquella muerte nada quitó á la grandeza y á la gloria de su Divinidad, y nos hizo soberanamente dichosos... 2.º En la cruz rescató al hombre, no con el poder de su Divinidad, sino con la justicia y la humildad de su pasión, como dice S. Agustín. (*Lib. De Civitate Dei*). 3.º En la cruz dió el más perfecto ejemplo de la obediencia más cabal, de la constancia, de la penitencia, de la paciencia, de la fuerza, de la mortificación de los vicios, y en una palabra, de todas las virtudes...

Dios amó el mundo hasta el extremo de darle á su único Hijo: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* (Joan. III. 16).

Jesucristo, dice S. Bernardo, no se ha contentado con las lágrimas de los ojos, sino que ha querido llorar y lavar nuestros pecados con las lágrimas de sangre que brotaron de todo su cuerpo. (*Serm. in pass.*)

Nadie puede ser más misericordioso, dice S. Anselmo, que Dios Padre, que dijo al pecador, condenado á eternos tormentos, y que nada tenía para rescatarse: Toma á mi único Hijo, y entrélgalo en tu lugar. Nadie puede ser más misericordioso que Dios Hijo, que á su vez dijo al pecador: Tómame, y rescátate (1).

Señor, dice S. Agustín, me habeis rescatado entero para poseerme enteramente: *Totum me liberasti, ut totum me possideres.* (In Psal. XXXIV).

No sucede lo mismo con la gracia que con el pecado, dice S. Pablo: *Non sicut delictum, ita et donum.* (Rom. v. 15). El dón de la redención aventaja infinitamente á la gravedad del pecado. Efectivamente: 1.º Adán era un hombre, y Jesucristo es Dios... 2.º Jesucristo ha rescatado no sólo á Adán, sino á todos los hombres... 3.º Adán no ha cometido más que un pecado; y Jesucristo ha expiado todos los pecados, hasta los actuales... 4.º El crimen de Adán no es infinito, y la muerte de Jesucristo tiene un mérito y un precio infinitos.

Jesucristo nos ha traído con la redención las mayores gracias: los Sacramentos, la salvación y el Cielo. Nos ha hecho hermanos suyos, y hermanos unos de otros, hijos suyos y herederos y coherederos suyos... Nos ha hecho Dios, haciéndonos partícipes de la naturaleza divina...

1.º Adán ha perdido á todos los hombres; y Jesucristo los ha rescatado á todos... 2.º Adán no ha transmitido á su posteridad más que un pecado; y Jesucristo nos libra de todos... 3.º Adán no ha manchado la tierra más que con un pecado; y Jesucristo ha esparcido todas las gracias, gracias infinitamente más abundantes y poderosas que grave fué la falta. Es lo que dice el gran apóstol: La gracia ha excedido donde el delito había abundado: *Ubi abundavit delictum, superabundavit gratia.* (Rom. v. 20). 4.º La falta del primer hombre culpable ha sido tan sólo castigada con la pena del daño; por medio de Jesucristo la pena del daño y la pena del sentido han sido destruidas para los pecados actuales... 5.º Por Adán ha venido la concupiscencia; por Jesucristo, aquella concupiscencia ha llegado á ser la materia de un combate glorioso, de una victoria rica y de un precioso triunfo, y está aniquilada

(1) *Quid misericordius intelligi valet, quam quod peccator, æternis tormentis deputato, et unde se redimeret non habenti, Deus Pater dicit: Accipe Unigenitum meum, et da pro te! ipse Filius: Tolle me, et redime te? (Lib. cur Deus homo, c. ix).*

para siempre en el Cielo... 6.º Por Adán se ha perdido la gracia; y por Jesucristo se nos ha dado una gracia más frecuente, más abundante y poderosa... 7.º La gracia de Jesucristo se derramó sobre María y los ángeles; pero el pecado de Adán no les alcanzó... 8.º Por Adán tenemos la muerte temporal, y por Jesucristo la resurrección inmortal... 9.º Por Adán hemos sido reducidos en cierto modo al estado de pura naturaleza; y por Jesucristo somos elevados á un estado más espiritual y sublime que aquel en que Adán fué creado y destinado á una vida plenamente celestial... 10. Por Adán nos hemos hecho semejantes á los brutos; y por Jesucristo hemos llegado á ser semejantes á los ángeles. Aún más, en Jesucristo y en la bienaventurada Virgen María, nuestra naturaleza ha sido elevada y está sobre todos los coros de los ángeles...

11. Adán nos ha privado del árbol de la vida; y Jesucristo nos ha dado el pan que ha bajado del Cielo y que da la vida eterna; se da enteramente él mismo...

12. Adán nos ha privado de la gracia de la justicia original; y Jesucristo nos da la abundancia de las gracias y de las virtudes; porque, 1.º, da virtudes que no habrían existido en el estado de inocencia, como la paciencia, la penitencia, el martirio, la virginidad, el apostolado y las gloriosas virtudes del zelo, de la limosna, etc... 2.º Da á estas virtudes y á todas las demás mayor abundancia, una perfección y un aumento continuo, que no habrían podido tener en el estado de inocencia.

Como todos hemos pecado en Adán, así nos hemos justificado todos en Jesucristo; es decir, hemos satisfecho justamente por nuestros pecados y merecido la justicia. Pero, como para contraer el pecado original es preciso nacer naturalmente de Adán, así también para participar de la justicia de Jesucristo es necesario nacer de él espiritualmente por medio del Bautismo...

Razon tiene, pues, S. Pablo cuando dice: La gracia ha excedido donde había abundado el pecado: *Ubi abundavit delictum, superabundavit gratia.* (Rom. v. 20). Y con razon canta también la Iglesia en el *Exultet*... O dichosa culpa, que nos has merecido tal y tan gran Redentor! *O felix culpa, que talem ac tantum meruit habere Redemptorem!*

Practiquemos, pues, lo que dice S. Pablo á los romanos: Ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pero, ya vivamos, ya muramos, vivimos y morimos por el Señor. Así pues, en ambos casos pertenecemos al Señor. Porque para esto murió y resucitó Jesucristo para dominar sobre los muertos y los vivos (1).

Cuando estabais muertos en el pecado, escribe á los colosenses, Jesucristo os ha hecho revivir con él, perdonándoos todos vuestros pecados, borrando la sentencia de condenación lanzada contra nosotros; y la abolió clavándola en la cruz, y despojando á los principados y potencias, los llevó cautivos, triunfando ostensiblemente de ellos en su persona (2).

(1) *Nemo sibi vivit, et nemo sibi moritur. Sive enim vivimus, Domino vivimus; sive morimur, Domino morimur. Sive ergo vivimus, sive morimur, Domini sumus. In hoc enim Christus mortuus est, et resurrexit, ut et mortuorum et vivorum dominetur. (XIV. 7-9).*

(2) *Et vos, cum mortui essetis in delictis, convitavit cum illo donans vobis omnia delicta, delens, quod adversus nos erat, chirographum decreti, quod erat contrarium nobis, et ipsum tulit de medio, affigens illud cruci; et expoliatis principatus et potestates, traduxit confidenter, palam triumphans illos in semetipso. (II. 13-15).*

Orígenes explica así este pasaje del Apóstol: Este escrito, dice, era la caución de nuestros pecados, porque cada uno de nosotros llegará á ser deudor en las cosas en que peca, y firma un escrito en el que consta su pecado y la deuda de su pecado (1).

En el estado de inocencia, había siete cosas excelentes: la 1.^a la sabiduría...; la 2.^a la gracia y la amistad de Dios...; la 3.^a la justicia original...; la 4.^a la inmortalidad y la imposibilidad del alma y del cuerpo...; la 5.^a la habitación en el Paraíso terrenal y el uso del fruto del árbol de vida...; la 6.^a el cuidado particular de Dios para el hombre; de donde nacía; la 7.^a que consistía, dice Sto. Tomás, en que el hombre no habría tenido concupiscencia, no habría pecado ni siquiera venialmente, no habría andado errante y no habría sido engañado, siendo sostenido y protegido por Dios. (*De Peccat.*)

Pero por medio de Jesucristo se nos ha dado una gracia mucho más grande que la que tuvo Adán... Así es que tenemos siete virtudes admirables, que no hubiéramos tenido en el estado de inocencia. La 1.^a es la virginidad...; la 2.^a virtud es la paciencia...; la 3.^a la penitencia...; la 4.^a el martirio...; la 5.^a el ayuno, y la abstinencia, y todas las mortificaciones de la carne...; la 6.^a la pobreza y la obediencia voluntarias y religiosas...; la 7.^a la misericordia y la limosna; porque en el estado de inocencia no habría habido pobres ni miserables hácia los cuales hubiésemos tenido la dichosa virtud y el precioso mérito de ejercer la misericordia y la caridad...

En fin, Dios da al hombre caído una gracia más grande y eficaz de la que dió á Adán, como se ve en los mártires y otros santos ilustres; por cuya razon el hombre tiene más medios de merecer, ya bajo el concepto de una gran gracia, ya bajo el concepto de la dificultad de practicar la virtud...

Jesucristo, dice S. Ambrosio, viene al mundo y nos rescata, á fin de embotrar el aguijón de la muerte y cerrar su devorador abismo para dar á los vivos la eternidad de la gracia y la resurrección á los muertos. Por esto Jesucristo fué suspendido en la cruz entre el cielo y la tierra, como mediador para reconciliar al hombre con Dios; para recibir sobre él las flechas de la ira de Dios lanzadas contra los hombres para que no alcanzase á los mismos hombres, y pagase él sólo con su cuerpo los crímenes de todos, y á su vez extendiendo sobre la cruz, como un arco, los brazos de su cuerpo, lánzase desde el fondo de su corazón de amor hácia Dios su Padre las flechas de su oración y de su caridad, hiriendo con ellas el corazón de su Padre para hacer brotar de él la gracia y el perdón, é inundar al hombre con un torrente de bendiciones y de dichas (2).

(1) Istud chirographum peccatorum nostrorum cautio fuit: unusquisque etenim nostrum, in his quæ delinquit, efficitur debitor, et peccati sui litteras scribit. (*Homil. in hæc verb. Apost.*)

(2) Sicut Christus quasi in hunc mundum venit, ut aeternum mortis hebetaret, devoratorium ejus abstraheret, viventibus aeternitatem gratiæ daret, defunctis resurrectionem concederet. Hinc Christus in cruce medius inter Cælum et terram pependit, velut mediator, ut reconciliaret, atque sagittas iræ Dei vibratas in homines, in seipso reciperet, ne ad homines pervenirent; sed unus ipse omnium hominum scelera in corpore suo lucret: ac vicissim in cruce, velut in arca, brachia corporis æqui ac cordis expandens, ignitas orationis et amoris sagittas ad Deum jacularetur, quibus cor ejus vulneraret, ad gratiam hominibus largiendam. (*Serm. III.*)

Jesucristo, dice S. Pablo á Timoteo, ha venido á este mundo para salvar á los pecadores, entre los que soy el primero: *Christus Jesus venit in hunc mundum peccatores salvos facere, quorum primus ego sum.* (I. i. 15).

Un gran médico ha venido del Cielo, dice S. Agustín, porque estaba postrado un gran enfermo y su lecho era todo el globo de la tierra: *Magnus de Cælo venit medicus, quia magnus per totum orbem terra jacebat ægrotus.* (Lib. de Civit.)

Jesucristo, añade el gran apóstol se entregó él mismo por la redención de todos: *Dedit redemptionem semetipsum pro omnibus.* (I. Tim. II. 6).

Jesucristo, escribe Tito, se entregó él mismo por nosotros, para rescatarnos de toda iniquidad, y constituir aparte un pueblo puro, dedicado á la práctica del bien. Enseñad estas maravillas á los hombres, y exhortadles á que se aprovechen de tantas gracias (1).

La luz increada, dice S. Agustín, no pudiendo ser apreciada por las tinieblas tomó ella misma la mortalidad de las tinieblas, y por la similitud de la carne de pecado, ha comunicado la luz verdadera (2).

Somos santificados, dice S. Pablo á los hebreos, por la oblation que se ha hecho una vez del cuerpo de Jesucristo: *Sanctificati sumus per oblationem corporis Jesu Christi semel.* (X. 10). Con una sola oblation, añade el apóstol, ha consumado nuestra santificación por la eternidad: *Una enim oblatione consummavit in eternum sanctificatos.* (Hebr. X. 14).

Jesucristo, dice S. Pablo, se ha ofrecido una vez para borrar los pecados de muchos (es decir, de todos): *Christus semel oblatus est ad multorum (omnium) exaurienda peccata.* (Hebr. IX. 28).

La redención es para todos los hombres.

La sangre de Jesucristo nos purifica de todo pecado, dice el apóstol san Juan: *Sanguis Jesu Christi mundat nos ab omni peccato.* (I. i. 7). El mismo, añade aquel apóstol, es propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino tambien por los de todo el mundo: *Et ipse est propitiatio pro peccatis nostris; non pro nostris autem tantum, sed pro totius mundi.* (I. ii. 2).

Dios quiere que todos los hombres se salven, y vengán en conocimiento de la verdad, dice el gran apóstol á Timoteo: *Vult omnes homines salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire.* (I. ii. 4).

Por esto asegura el mismo apóstol que Jesucristo murió para todos, á fin de que los que viven no vivan más para ellos, sino para el que ha muerto y resucitado para ellos: *Pro omnibus mortuus est Christus, ut ei qui vivunt, jam non sibi vivant; sed ei qui pro ipsis mortuus est et resurrexit.* (II. Cor. v. 15).

Jesucristo ha muerto para todos los hombres, quiere la salvacion de todos, es la propiciación para los pecados de todo el mundo: así pues los que no se salvan, no lo quieren...

Digamos con el Real Profeta: En el Señor está la misericordia y una abun-

(1) Qui dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate, et munderet sibi populum acceptabilem, sectatorem bonorum operum. Hæc loquere, et exhortare. (II. 14-15).

(2) Quia lux a tenebris non poterat comprehendi, ipsa lux mortalitatem subit tenebrarum, et per similitudinem carnis peccati, participationem dedit luminis veri. (*Homil.*)

dante redencion: *Apud Dominum misericordia, et copiosa apud eum redemptio.* (CXXIX. 7).

La redencion queda victoriosa de todo.

Jesucristo ha despojado con su muerte á los principados y á las potencias (del infierno), dice S. Pablo, los llevó cautivos, triunfando ostensiblemente de ellos en su persona: *Exspoliatus principatus et potestates, traduxit confidenter, palam triumphans illos in semetipso.* (Coloss. II. 15). Como á los egipcios, los sumergió en el mar Rojo de su adorable sangre... Ha sepultado á los enemigos en el mar, dice la Sabiduria: *Inimicos demersit in mare.* (X. 19).

Sepultará para siempre á la muerte en el momento de sus triunfos, dice Isaías: *Præcipitabit mortem in sempiternum.* (XXV. 8). Es lo que dice tambien el Apóstol de las gentes: Ningun poder tendrá sobre él la muerte: *Mors illi ultra non dominabitur.* (Rom. VI. 9).

Por esto exclama el gran apóstol en un arrebatado de alegría: O muerte, ¿dónde está tu victoria? ¿Dónde está, ó muerte, tu aguijón? *Ubi est mors, victoria tua? ubi est, mors, stimulus tuus?* (I. Cor. XV. 55).

El demonio ha sido vencido y crucificado por la redencion, dice Origenes, pero en favor de los que están crucificados por Jesucristo: *Diaabolus victus est quidem, et crucifixus; sed iis qui cum Christo crucifixi sunt.* (In Cant.)

La muerte ha sido vencida, dice S. Crisóstomo, encadenados han sido los demonios, abiertos han sido los Cielos, enviado ha sido el Espíritu Santo, los esclavos han sido libres, los enemigos se han convertido en niños, los hombres se han vuelto ángeles, y aún más, un Dios se ha hecho hombre, y el hombre se ha hecho Dios (1).

La redencion es nuestra victoria.

Han vencido por la sangre del Cordero, dice el Apocalipsis: *Vicerunt propter sanguinem Agni.* (XII. 11). Los ángeles, dice el Apocalipsis, cantaban un nuevo cántico, y decían: Sois digno, Señor, de tomar el libro y de abrir los siete sellos, porque habeis muerto y nos habeis rescatado para Dios en vuestra sangre; y nos habeis hecho reyes y sacerdotes para nuestro Dios, y reinarémos: *Redimisti nos Deo in sanguine tuo et fecisti nos Deo nostro regnum et sacerdotes; et regnabimus.* (v. 9-10).

(1) *Mors victa est, demones vinciti. Cæli aperti sunt, Spiritus Sanctus missus est, servi liberi facti sunt, inimici filii, homines angeli effecti sunt; imo Deus homo factus est, et homo factus est Deus.* (Homil. ad Rom.)

REGALOS.

Más vale dar que recibir, dice la Escritura: *Beatius est magis dare, quam accipere.* (Act. XX. 35). El que aborrece los presentes, vivirá, dicen los Proverbios: *Qui odit munera, vivet.* (XV. 27).

Peligros de los regalos.

Los regalos, dice S. Cirilo, son un anzuelo dorado para coger á los avaros, una peste, una deuda peligrosa, el precio mediante el cual se salda la venta del que lo recibe, una esclavitud, un fermento de iniquidad, una causa de discordias, la escuela de todos los males, y un veneno que se ama. (Homil.)

No recibais regalos, dice el Señor en el libro del Deuteronomio, porque los presentes ciegan á los sabios, y cambian las palabras de los justos: *Non accipietis munera, quia munera excecant prudentes, et mutant verba justorum.* (XVI. 19).

Los regalos producen dos efectos funestos: 1.º ciegan el espíritu; 2.º cambian el lenguaje y la sentencia del juez; porque llevan á la afeccion, y la afeccion hace vacilar la razon, y oscurece el juicio, entónces nos inclinamos á pronunciar en favor del que ha hecho regalos.

Se dice de los hijos de Samuel que se dejaron corromper por la avaricia y pronunciaron sentencias injustas. (I. Reg. VIII. 3).

Declarad ante el Señor, dijo Samuel al pueblo, si he recibido regalos, y me condenaré yo mismo hoy, y os restituiré lo que me venga de vosotros. (I. Reg. XII. 3).

Daniel dijo al rey Baltasar, que le prometia grandes presentes si le explicaba las letras trazadas en la muralla por una mano invisible: Guardad vuestros presentes, y conservad para otros las riquezas de vuestra casa; yo leeré lo que está escrito, ó rey, y os descubriré su sentido. (Dan. v. 17). ¿No habeis leído, dice S. Hilario, lo que los presentes han costado á Giezi y á Simon el Mago; á Giezi, que los habia recibido, y á Simon, que los habia ofrecido? (Vit. Patr.)

Hermosa es, dice S. Ambrosio, la conducta de Abraham, que no quiso recibir nada del botin de la victoria que acababa de ganar, ni admitir nada de lo que se le ofrecia. Hay una gran diferencia entre obrar por la gloria, por desinterés, y obrar por amor á la ganancia. Por esto Abraham mereció oír de boca del Señor las siguientes palabras: Soy tu protector, y tu recompensa es incomparable: *Protector tuus sum, et merces tua magna nimis.* (Gen. XV. 1). Porque no pidió su recompensa á los hombres, la recibió de Dios: *Quoniam sibi mercedem ab homine non quæsit, a Deo accipit.* (Serm.)

Los dones ciegan, dice S. Crisóstomo; son como un freno para la lengua, y cambian y cohíben las testificaciones: *Dona excecant oculos, et tanquam frænum ori, avertunt et cohíbent testimonia.* (Homil. ad pop.)

Un salario y regalos ciegan los ojos de los jueces, dice el Eclesiástico; son

como un muro en boca, é impiden que de ella salgan las reprensiones: *Venia et dona exerceant oculos iudicium, et quasi murus in ore avertit correptiones eorum.* (XX. 31).

Los regalos tienen de enojoso y malo que ciegan hasta á los hombres prudentes. Dice S. Gregorio Nazenceno, pues los hombres caen por medio del oro, como los pájaros con la liga. Cuando habla el oro, ningún discurso tiene fuerza; porque el oro persuade siendo mudo: *Auro loquente, iners est omnis oratio, persuadet enim illud, etiamsi nullam vocem edat.* (In Distich.)

Plutarco dice que en Tebas la estatua de la justicia no tenía manos, sino grandes ojos, para manifestar que los jueces no deben dejarse seducir ni por regalos ni por la condicion de los que se presentan en su tribunal. (*Lib. I de Fide*).

Con razon dijo el cardenal Cayetano: Los regalos transforman el corazon; borran las faltas, las excusan y las hacen perdonar. (*Ex Delrio, adag. 56*).

Cuando queremos levantar la voz en nombre de la justicia, dice S. Pedro Damian, esta voz queda debilitada y ahogada por los presentes. Cuando se reciben, disminuyen el vigor de la censura, quitan toda libertad á la elocuencia, y aunque no destruyan enteramente la rectitud del juicio, enervan la autoridad del juez. Rechacémoslos, y conservárcmos la libertad de condenar ó de absolver segun las reglas de la justicia, y cesaremos de ser los esclavos del dinero. (*Lib. II. Epist. II*).

RELIGION. (Véase IGLESIA).

RELIGION viene de volver á atar, dice S. Agustin: *Religio venit a religando.* (Lib. X Civit., c. IV). ¿Qué es religion?

La religion, tomada en su verdadero sentido y objeto, es el conocimiento de Dios y de sus leyes; la observancia de sus preceptos, la fe en él, y el culto que se le tributa... La religion es el lazo, el comercio que existe entre Dios y el hombre...

Toda la religion consiste en imitar á Dios, á quien honrais, dice S. Agustin: *Religionis summa, imitari quem colis.* (Lib. VIII. Civit., c. XVII).

El cristianismo es la imitacion de la vida divina, dice S. Gregorio de Niza: *Christianismus est vite divine imitatio.* (Serm.)

El plan de la religion cristiana es divino. Lo que la religion católica, apostólica y romana nos enseña de las grandezas de Dios, del fin del hombre y de los admirables medios que conducen á este fin, es una doctrina toda celestial, una doctrina infinitamente superior á toda inteligencia creada, una doctrina que jamás habria podido ser conocida, si Dios no la hubiese revelado á los hombres; porque esta doctrina no sólo nos ha revelado todo lo que puede ser descubierta por la ley natural y todo lo que puede ser comprendido por la razon más pura, sino que tambien se extiende infinitamente todavia más allá de esos limites, puesto que va á penetrar hasta en el interior de la profundidad divina, dice S. Pablo: *Profunda Dei.* (I. Cor. II. 10). Diversidad de la religion católica probada por su plan.

¿Hay nada más santo que lo que la religion prescribe á los hombres para que lleguen á su fin? ¿Hay nada más santo que amar á Dios sobre todas las cosas, amar al prójimo como á nosotros mismos, y portarnos con él como quisieramos que se portase? Y porque la naturaleza corrompida nos inclina sin cesar á toda clase de prevaricaciones que nos apartan de Dios, esta religion nos manda que reprimamos nuestras codicias, dominemos nuestras pasiones, mortifiquemos nuestros sentidos, despreciemos las riquezas y los honores, y renunciemos á ganar todo el universo ántes que perder nuestra alma. En fin, esta religion prescribe todo lo que la humanidad, la piedad, la justicia y la razon exigen del hombre; y todo esto con relacion al servicio de Dios, á quien todo debe relacionarse como á nuestro último fin.

¿Cuáles son los medios que la religion cristiana nos propone para consumir nuestra salvacion? Medios admirables, los más propios y eficaces para llegar á tal fin. La presencia de un Dios que vela sin cesar sobre todas nuestras acciones y penetra los lugares más secretos de los corazones; la espectacion de un juicio terrible donde ha de darse cuenta de todas las acciones, y aun de todos los pensamientos; la justicia y la severidad del soberano Juez, que no dejará ningún mal sin castigo, ni ninguna virtud sin recompensa; la grandeza de la recompensa es para los justos, y la magnitud de los suplicios para los